

## ELEMENTO SUBJETIVO Y DE CRITICA LITERARIA EN EL ARCHIVO DEL DEAN FUNES

*El Archivo* (1) del Deán Funes comprende en sus tres tomos la autobiografía, publicada en 1856, la *Oración fúnebre* a la muerte de Carlos III, pieza de fría retórica compuesta en 1790, su *Carta crítica*, obra histórica y combativa que rectifica en 1802 desde el Telégrafo Mercantil los errores e hiperboles del Deán Videla del Pino (*Relación histórica de la ciudad de Córdoba*) y su abundantísima correspondencia conservada en pacientes y retocados borradores.

La autobiografía, firmada por “un amigo de los servidores de la Patria” y evidentemente concluída por mano ajena, está redactada en tercera persona y carece totalmente de efusiones personales. Encabezada por una orgullosa genealogía (“habiendo obtenido estas familias los cargos más honoríficos de la República”. Tomo I, pág. 1), es una enumeración de honores y un constante autoelogio que llega a lo ingenuo (“Es preciso convenir que este hecho es el más señalado de la historia” dice respecto a su propia adhesión a la Revolución de Mayo; I, 11).

Se alaba como valiente patriota (“Sin detenerlo el peso de estas autoridades, el odio que iba a concitarse, y los peligros a que exponía su vida...”; I, 11), como funcionario in-

---

(1) Las citas corresponden al *Archivo del doctor Gregorio Funes*; Deán de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba. Tomos, I, II y III. Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1944-1949. La ortografía ha sido modernizada.

corruptible (“sin que ningún interés humano fuese capaz de moverlo”; I, 6) y sobre todo como intelectual (“señalándose entre sus compañeros como el más aventajado”; I, 3; “El anhelo por extender sus conocimientos literarios fue siempre la pasión dominante del Deán Funes”; I, 3, afirmación que contrasta con el notable predominio de los intereses económicos y políticos en su correspondencia).

Se proclama primero en promover la libertad de cultos y padre de la Revolución (“/La Oración fúnebre/ tiene el singular mérito de que su autor se adelantó a poner la primera piedra de la revolución, reconociendo la existencia del contrato social”; I, 4). Cita sus propias obras con visión publicitaria: “Este fue un asunto que el señor Funes desempeñó con suma delicadeza. Puede verse en la gaceta extraordinaria de Buenos Aires, martes 2 de octubre de 1810” (I, 15).

Explica el objeto de su *Ensayo Histórico* (“poner a la vista el cuadro más fiel de la tiranía de España y hacer la apología más acabada de la revolución”; I, 20) e incluye la elogiosa carta crítica de Rivadavia (I, 24).

Se considera amado por su ciudad (“corría ya en el pueblo con mucho aplauso el dictamen del señor Funes”; I, 12; “cuyos jefes, llenos de gratitud hacia el señor Funes por sus importantes servicios, le dieron las pruebas más excesivas de su aprecio”; I, 14) que se honra al elegirlo diputado. Sin embargo tiene algún rival “lleno de la malicia más depravada” (I, 9) y sufre con supuesta resignación la ruptura de una amistad hiperbólicamente alabada pocas líneas antes (“por esta vez el señor Cañete traicionó los deberes de la amistad...”; I, 16).

La única reminiscencia de su niñez está en la nostálgica exaltación de los maestros jesuitas: “el cuerpo jesuítico...era... el más célebre que había en toda la América Meridional, notable por sus riquezas, por la austeridad de su vida, por su ercico número...” (I, 2).

La correspondencia incluye borradores de cartas amistosas, comerciales y familiares escritas por el Deán entre 1792

y 1826 (su juventud queda totalmente excluida), epístolas que le enviaron hasta su muerte y documentos relativos a él.

Los primeros borradores ofrecen muestras de sus opiniones literarias: en 1792 escribe a Ramón García Pizarro acerca de su *Diario del viaje de Guayaquil a Potosí*. Elogia el “juicio exacto, un conocimiento extendido, un gusto nada vulgar y una diligencia sostenida” (I, 64): La obra busca la verdad, podría llamarse “el viaje continuo de la razón” (I, 65). Pero su mayor virtud reside en ser un “inmenso caudal de noticias escogidas” (I, 64) que resultan “de pública utilidad” (I, 65), es decir, un documento detallado y amoroso del Nuevo Mundo, deformado por los ojos europeos, “para formar de la América el justo concepto que se merece” (I, 66).

Funes denota vivo interés por el tema al hacer la revisión crítica de los europeos que maltrataron a América: Buffon que la considera un conjunto de montes inhabitables, Pavvi que la ve como una naturaleza degradada, Chiusole, que confiesa desconocerla y un inglés que denomina a Caracas “metrópolis de toda la Tierra Firme”. Por otra parte, la Colonia ha evolucionado: aquellos que pintaron su infancia (Herrera, Gómara, Ramuszo, Piedrahita) son insuficientes para conocer su adolescencia.

En 1802 escribe con fingida humildad a un amigo que había tachado de excesivamente sublime su *Sermón de Santa Teresa*. El Deán con seguridad seudoclásica, cita en su favor a Longino: “Lo sublime es en lo que consiste la excelencia, y soberana perfección del discurso” (I, 73). Su sublimidad no nacería de hinchazón y lujo, de “pompa de palabras vacías de sentido” (I, 74) sino de elevación de ánimo.

En cartas posteriores afirma su vocación literaria (“/escribo/ por mantener una llama que en mí no puede estar sin alimento”; I, 95), defiende la exactitud de su *Carta crítica* y en 1803 reprocha a su amigo Araujo como exagerada la comparación de Buenos Aires destruida con el sitio de Jerusalén (imagen cuyos ilustres antecesores —Miranda y Centenera— parece ignorar el Deán); I, 148.

En 1804 elogia las “delicadas producciones” de J. J. de Flores (I, 222) que, llenas de calor e interés, presentan una Naturaleza decorosa y grandiosa. Su visión de la literatura se sintetiza en una alabanza: Flores sigue la “senda del buen gusto y de la razón” (I, 223). También a su abogado Mariano Moreno dice en 1807: “Yo la he leído con todo el placer que deja un escrito en que el buen gusto va siempre sostenido del juicio, y en que el convencimiento no deja respirar la sinrazón”, (II, 20).

En 1826 una de sus últimas epístolas descubre en un tratado del francés Gregoire sobre la igualdad de las razas, “un fondo inagotable de pensamientos llenos de la más profunda filosofía, y del amor más sincero a la humanidad” (III, 456). La correspondencia, como la autobiografía, está recorrida por alusiones a la propia obra, especialmente al *Ensayo Histórico*, “fruto el más gustoso de mis tareas” (II, 204).

En cuanto a los elementos subjetivos, la correspondencia es un tejido de intrigas, quejas y convencionalismos cuidadosamente elaborados. La ilumina una constante exaltación de la amistad, imprescindible para Funes que, en carta a Lavardén, se identifica con el *Banquete* de Platón: “amar es una de las primeras y más urgentes necesidades del corazón humano” que exige igualdad de genio, espíritu y sentimiento, pero no de posición social (I, 116). El meditado borrador cobra acentos espontáneos en la despedida: “ámeme usted tanto como yo” (I, 118).

Pero estos sentimientos no se limitan a Lavardén: en 1803 Funes dice a Perdriel “Mis penas serían menores con Ud. y sin Ud. mis dichas no son completas” (I, 150), a Letamendi: “Yo lo soy /amigo/ de Ud. hasta más allá de la muerte” (I, 153), y a Araujo “Las almas tienen tanto en su fisonomía como los cuerpos, y... las nuestras son muy parecidas” (I, 93). Las cartas de sus amigos le son esenciales, su ausencia lo consterna: “Las dulces sensaciones que causó en mí el contexto de estas cartas son más para gustadas, que para dichas por mi tarda expresión” (I, 219).

Puede citarse como rasgo sorprendente (¿o mera retórica?) cierta amargura contra la civilización manifestada en 1802: "...aquella amable sencillez y franqueza, de que renunciaron los hombres desde que quisieron ser cultos" (I, 77). También es muy raro en el Deán el sentimiento aristocrático: "...que sólo puede deslindarlas la buena crítica, poco común en el vulgo" (II, 21). Su patriotismo prerrevolucionario se define en la *Carta crítica* (1802): "¿Qué disculpa tienen los que se manifiestan peregrinos a la Patria en que habitan y nacieron? Ninguna."

En 1815 Funes se dirige al gobernador de Córdoba, José J. Díaz, para hacer gala de un pesimismo constructivo: "El triunfo de la presente revolución será un triunfo de paz, de libertad, y de gloria, si nos hace más cuerdos la experiencia de los males pasados" (II, 203). Con sensatez teórica que desmienten sus actividades concretas, afirma que: "en la serie de tantos partidos como hemos visto, criminales los unos a los ojos de los otros, todos han sido verdugos y todos víctimas" (II, 204).

La vejez y la inestabilidad política y económica pesan sobre él: "Mis años, mis padecimientos, mi pobreza, las ingratitudes de mis amigos, los celos de la negra envidia, todo ha concurrido a desecar mis últimos jugos". Sin embargo en 1824, a los 75 años inicia una nueva etapa como agente incondicional de Bolívar: "Vivo persuadido que si le acompaña la dicha al Sr. Libertador y triunfa en el Perú, no habrá más voz en estas partes que la suya, y se creará un deber obedecerla" (III, 191).

Descontento de su patria ingrata, prefiere servir a Colombia y está dispuesto a tomar su ciudadanía: "...venirme ésta satisfacción de una mano ajena, cuando la propia no había sabido compensar debidamente mis servicios" (III, 205): "cuando me falte esta patria hallaré (como espero) otra más noble en un rincón de Colombia"; III, 205. El enemigo más temible para la soñada federación panamericana está en Europa: "pensaba que el mal o el bien debía venir en último re

curso del otro lado del mar"; III, 230. Aparentemente menospreciado por Bolívar, persiste en sus funciones: "Todos me conocen por su agente; pero cuando saben que ni gozo asignación alguna, ni recibo correspondencia suya, se forman una idea nada favorable" (III, 270) e insiste aún en 1825: "Ud. es colombiano como yo por destino: éste es un título de gloria sólida que a nadie lo cedemos"; III, 368. Combatido por nuevas adversidades, Funes muere en 1829.

ELENA LIDIA NAJLIS

Beruti 3067, Buenos Aires